

La segunda parte contiene otras demostraciones mas profundas, y solamente accesibles á los que se han dedicado al estudio de las ciencias; pero presentadas con tanta fuerza, elocuencia y dignidad, que no pueden dejar de interesar á todos los que sean capaces de entenderlas.

¡Ojalá no sea perdido nuestro trabajo, y la publicacion de esta obra contribuya á avivar el conocimiento y amor del Sér supremo! ¡Cuán bien empleadas serán nuestras tareas si, comunicando á nuestros lectores los sentimientos de piedad que animaban á su autor, encontramos siquiera uno que sobrecojido de amor y de respeto esclame: ¡Oh Dios mio! ¡con qué acierto lo habeis dispuesto todo!



DEMOSTRACION

DE LA

EXISTENCIA DE DIOS,

TOMADA DEL ESPECTACULO DE LA NATURALEZA Y
DEL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE.

CAPITULO I.

El órden de la naturaleza demuestra á primera vista la existencia de Dios: comparaciones de los antiguos.

Los sabios, acostumbrados á contemplar las verdades abstractas, y á remontarse hasta los primeros principios de las cosas, conocen á la Divinidad por la idea que de ella tienen en sí mismos; y este es un camino seguro para llegar á la fuente de la verdad. Pero este camino, tan cómodo y breve para los sabios, es áspero y aun inaccesible para el comun de los hombres, que dependiendo demasiado de su imaginacion, y no pudiéndose ejercitar sin mucho trabajo en operaciones puramente in-

telectuales, apenas pueden comprender una demostracion tan sencilla. Por eso deben éstos valerse de otro medio, que, aunque es menos perfecto en sí mismo, es mas acomodado á cada especie de personas. Los que están poco acostumbrados á raciocinar y no saben levantarse sobre las cosas sensibles, con sola una mirada pueden descubrir á aquel Dios, que se retrata en todas las criaturas. La sabiduría y el poder con que ha sellado todas sus obras, lo hacen ver como en un espejo, á todos los que no pueden contemplarlo en la idea que tienen de él en su alma. Esta es una filosofía sensible y popular, de que es capaz todo hombre que no esté apasionado ó preocupado: porque basta abrir los ojos, para ver la mano que ha hecho todas las cosas.

Sin embargo, no debemos admirarnos de que muchos hombres, aun aquellos á quienes ha cabido un entendimiento nada vulgar, no hayan encontrado á Dios viendo la naturaleza. Estaban continuamente distraidos con las pasiones que los agitaban; y las preocupaciones que nacia de ellas, les cerraban constantemente los ojos. Al modo que un hombre, totalmente embebecido en un asunto de importancia, pasaria largo tiempo en su gabinete sin observar sus proporciones, ni las pinturas y muebles que habia en él: todos los objetos estarian delante de sus ojos, y sin embargo

ninguno le haria impresion. Del mismo modo viven los hombres: todas las cosas les presentan á Dios, y en ninguna parte lo ven; y pasan la vida sin advertir esta imájen tan sensible de la Divinidad. Hay muchos hombres tambien, que, temiendo encontrar al que no buscan, no quieren abrir los ojos, y aun afectan tenerlos enteramente cerrados; y lo que mas debia servir para abrírselos, que es la constante regularidad con que la suprema sabiduría gobierna el universo, solo sirve para cerrárselos mas. Estas maravillas, dice S. Agustin, se envilecen por repetirse cada dia. (*Assiduitate viluerunt.*) Porque á fuerza de ver siempre las mismas cosas, dice Ciceron (*lib. 2.º de Nat. Deor.*), el entendimiento se acostumbra á ellas lo mismo que los ojos. ¡Como si fuera la novedad, y no la grandeza de los fenómenos, la que nos debe mover á esta investigacion!

Toda la naturaleza manifiesta, pues, el arte infinito de su Autor. Cuando yo me valgo de esta palabra *arte*, entiendo por ella un conjunto de medios escogidos con acierto para llegar á un fin determinado: esto es, un órden, una coordinacion, una cosa arreglada, y un plan seguido. Al contrario, el acaso es una cosa ciega y necesaria, que ni prepara, ni dispone, ni elige, y no tiene ni voluntad ni inteligencia. Defiendo, pues, yo, que el universo lleva en sí el carácter de una causa infi-

nitamente sabia y poderosa; y que el acaso (esto es, la combinacion ciega y casual de unas causas necesarias y destituidas de razon) no ha podido formarlo. Aquí será del caso proponer las célebres comparaciones de los antiguos.

¿Quién podrá creer que no fué un poeta sabio el que compuso la *Iliada* de Homero, aquella obra tan perfecta, que parece el último esfuerzo del genio mas feliz! ¿Quién podrá creer que habiendo arrojado fortuitamente al aire los caracteres del alfebetó, sucedió la casualidad de que al caer se colocasen precisamente con el orden que era necesario para describir en versos, llenos de gracia y armonía, tantos sucesos grandes; para colocarlos y unirlos entre sí con tanto artificio; para pintar cada objeto con tanta propiedad, nobleza y sensibilidad; en fin, para hacer hablar á cada uno guardando su carácter de un modo tan natural y tan patético? Discúrrase y sutilícese cuanto se quiera: un hombre de juicio jamas podrá persuadirse que la *Iliada* es obra del acaso: y Ciceron, que decia lo mismo de los *Anales* de Enio, añadia que el acaso está tan lejos de poder formar un poema, que jamás podrá llegar á hacer un solo verso. ¿Por qué, pues, se ha de creer del universo, obra incomparablemente mas perfecta que la *Iliada*, lo que no se puede creer de este poema?

Pasemos á otra comparacion que es de S. Gregorio Nacianceno.

Si oyéramos en un salon, detras de unos bastidores, un instrumento suave y armonioso, ¿creeríamos que lo habia formado el acaso sin intervencion de hombre alguno? ¿Diríamos que las cuerdas del violin habian venido por sí mismas á colocarse y estenderse sobre una caja hecha de tablas sonoras, habiéndose éstas juntado casualmente para formar una cavidad con aberturas regulares? ¿Diríamos que el viento habia movido por casualidad un arco, formado tambien por casualidad, y que con esto solo sonaban aquellas cuerdas con tanta variedad y proporcion? ¿Qué racional dudaria de veras si habia algun músico que tañese aquel instrumento con tanta destreza? ¿No dirian todos que era un profesor inteligente el que tañia? Pero hagamos aun mas sensible esta verdad.

El que encontrase en una isla, desierta y enteramente incógnita, una hermosa estatua de mármol, inmediatamente diria: Aquí sin duda ha habido hombres; ahí se ve la mano de un escultor hábil. ¿Con qué delicadeza proporcionó todos los miembros del cuerpo, para darles tanta hermosura, gracia, majestad y espresion! ¿Qué responderia este hombre si le dijera alguno: Pues sabed que esa estatua no es obra de un escultor: es cier-

to que está trabajada segun el gusto mas fino y las mejores reglas del arte; pero el acaso solo es quien la ha hecho. Entre tantos trozos de mármol como hay en la isla, hubo uno que se formó así: las lluvias y los vientos lo arrancaron de la montaña; un huracan violento lo arrojó, dejándolo derecho sobre ese pedestal, que se habia formado en ese sitio por sí mismo: ella es un Apolo tan perfecto como el de Belvedere: es una Vénus que iguala á la de Médicis: es un Hércules parecido al de Farnesio: al verla cualquiera creerá que vive, que piensa, que se mueve, que va á hablar; sin embargo nada debe al arte: un golpe ciego del acaso es el que la ha hecho con tanta perfeccion.

Si nos presentaran un cuadro que representase, por ejemplo, á Moises que pasaba el Mar-Rojo, mandando á las aguas que se abrieran, y se levantasen formando como dos murallas, para que los israelitas pasaran á pié enjuto por medio de los abismos; descubriéndose á un lado aquel pueblo innumerable que, lleno de confianza y alegría, levantaba las manos al Criador, y al otro á Faraon con los egipcios, consternados y llenos de confusion al ver las aguas que comenzaban ya á juntarse para engullirlos: nadie tendria valor para decir que aquella pintura la habia hecho una criada que se entretuvo en salpicar el lienzo con un pin-

cel, y que con esto solo se habian distribuido por sí mismos los colores, de modo que formaron aquel colorido tan bello, aquellas actitudes tan varias, aquellas caras tan llenas de sentimiento, aquella multitud de personajes tan distintos entre sí, aquella propiedad en los vestidos, aquella distribucion de luces, aquella graduacion de colores, aquella perspectiva exacta, y en fin, cuanto pudo reunir el genio del mas feliz pintor.

Si solo se tratara de formar un poco de espuma en la boca de un caballo, convengo en que (segun la historia que cuentan y no quiero ahora examinar) podria hacerse, una sola vez y al cabo de muchos siglos, solo con que el pintor enfadado arrojara el pincel contra el lienzo. Pero en ese caso, el pintor al menos habia ya elegido cuidadosamente los colores para meterlos en el pincel; y así el acaso no habia hecho mas que acabar en parte lo que el arte habia comenzado. Ademas de esto, esta obra, á que habian concurrido el arte y el acaso, solo era un poco de espuma, objeto informe y confuso, que solo pide un poco de color blanquecino, arrojado del pincel sin figura determinada ni dibujo particular. Mas ¡qué diferencia hay entre un pedazo de espuma y un plan seguido de historia, donde la imaginacion mas fecunda y el genio mas capaz, sostenidos por las reglas del arte, apenas bastarán á ejecutarlo!

No quiero pasar de aquí sin suplicar á mi lector, que considere la grandísima dificultad que tienen aún los hombres mas sensatos en creer que las bestias son puras máquinas destituidas de todo conocimiento. ¡Y de dónde nace esta repugnancia? De que suponen, y con razon, que unos movimientos tan proporcionados no se pueden hacer sin cierta industria, y que la materia sola no puede hacer lo que indica tanto conocimiento. Por donde se ve que, segun la recta razon, la materia sola de ningun modo puede hacer animales que sean puras máquinas. De modo que los filósofos que niegan el conocimiento á las bestias, suponen una sabiduría admirable en el primer motor que regula sus movimientos: conviniendo todos en que la materia y el acaso solos, no son capaces de producir lo que vemos en las operaciones de los brutos.

CAPITULO II.

Exámen de la naturaleza. Del universo en general.

YA que hemos propuesto estas comparaciones, que el lector deberá examinar detenidamente, pasaremos ahora á ver el pormenor de la naturaleza. No pretendo comprenderla toda. ¡Y quién podría hacerlo? Tampoco quiero entrar en discus-

siones de física. Estas suponen ciertos conocimientos profundos que aun muchas personas de talento no han llegado á adquirir; y yo solamente quiero que se dé una ojeada á la naturaleza. Por eso solo hablaré de aquellas cosas que no piden mas que un poco de atencion.

Hagamos alto, pues, en lo primero que se ofrece á nuestra vista: quiero decir, en la estructura general del universo. Véamos esta tierra que nos sostiene; esta bóveda inmensa del cielo que nos cubre; los abismos de aire y agua que nos rodean, y los astros que nos alumbran. El que vive sin reflexion, no piensa sino en las cosas que están junto á sí, ó tienen alguna relacion con sus necesidades. Mira á la tierra como al pavimento de su gabinete, y al sol, que le dá luz durante el dia, como á la bujía que le ilumina por la noche: sus pensamientos no salen del círculo pequeño donde habita. Pero el que está acostumbrado á reflexionar, estiende mas la vista, considera detenidamente los abismos casi infinitos que por todas partes lo rodean. Un reino le parece un ángulo pequeño de la tierra; y la tierra toda un solo punto de la masa del universo, donde se ve colocado con admiracion, sin saber quién lo puso allí.

¡Quién ha colocado, pues, este globo de la tierra que está inmóvil? ¡Quién ha echado sus fundamentos? Ella parece la cosa mas despreciable;